

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11
Por un año. 40
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Numero suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.
Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id. 28
Por un año. 50
EXTRANJERO.—Por tres meses. 30
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Acabóse.
Hablo de la conciliacion. Desde el belicoso grito de Radicales, a defenderse! hasta la exclamacion desorganizadora de Salvase quien pueda! hay muy pocos pasos de distancia, y es posible que estos pasos se anden en pocos dias.

Bien se me alcanza, lector amigo, que yo deberia haberte dicho todo esto poquito a poco, como es uso y costumbre para anunciar las grandes desgracias; pero tengo para tu consuelo y aun para la tranquilidad de tu espiritu algunas consideraciones; es la primera, la de que tal vez cuando, pasando tu vista por estas lineas, lloras el fallecimiento temprano de la malograda conciliacion, esta renace de sus propias cenizas y se prepara a vivir nueva vida mas potente, más vigorosa y más irrompible que nunca.

En cuanto a la segunda consideracion, última de las que ahora he de presentar a tu exámen, debo confesar que no me pertenece; pero si no es original, es oportuna. Tú habrás oido contar quién no lo ha oido? de cierto predicador que habiendo producido demasiado efecto en su auditorio al referir la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, hubo de compadecer a sus oyentes, que derramaban lágrimas como el puño, y les dijo: «Vaya, hijos míos, no hay que afligirse tanto. Acaso no fué la cosa tan terrible como os la he pintado; además, ha pasado ya tanto tiempo, que ni aun yo mismo puedo asegurar que sea verdad.»

Ahora bien; tú, amigo lector, que quizás lloras la ruptura de la conciliacion, consuélate; acaso el hecho no se haya verificado del todo.

Y no se crea que mis consuelos y mis esperanzas carecen de fundamento.

Yo he leído en algunos periódicos frases cabalísticas; es cierto que no las he comprendido bien, pero me han hecho adivinar que la cosa puede arreglarse todavía.

«En el Consejo de anoche, decia La Correspondencia, se manifestaron al principio las dos tendencias que se advierten entre los radicales, de mayor intransigencia la una que la otra. (Esto es alarmante: parece que aun los mismos radicales no andan muy acordados); pero (Pero... aquí están las esperanzas.) pesadas con madurez las condiciones políticas de la situacion y la gravedad de las consecuencias, dícese que se adoptó un término medio que, sin ser el espíritu de conciliacion antiguo, representa cierta consideracion de circunstancias para esperar el resultado de la actitud de las Cortes, acometiendo una política franca y decididamente radical, sin buscar ni rechazar el apoyo de fraccion alguna.»

Vamos a ver: que vengan aquí los más descreídos, los más excépticos, los pesimistas más exagerados, que lean ese párrafo, y si lo entienden—que acaso no lo entiendan—confesarán que todavía no se ha perdido todo.

Cuando en vista de la gravedad de las consecuencias se acepta un término medio que representa

cierta consideracion de circunstancias, es licito esperar que la conciliacion no ha muerto.

Y si en los Consejos de ministros se acepta este término medio, justo es confesar que en la reunion de los unionistas no se observó menor deseo de recomponer la descompuesta conciliacion.

«La conciliacion subsistirá, dice el Sr. Alvareda; la conciliacion subsistirá a pesar de los republicanos (porque resulta ahora que nosotros hemos tenido la culpa de que la conciliacion se rompa); subsistirá a pesar de nosotros mismos, porque representa un paso en el camino del progreso dado por el mundo culto.»

Y no solo este señor diputado, cuya opinion, muy respetable sin duda, no sería al cabo sino la de su individualidad, todos los diputados procedentes de la union liberal están animados del mismo espíritu.

Sesenta y cuatro, poco más ó ménos, se reunieron la otra noche, y despues de dos horas de animada discusion, acordaron, respecto a los proyectos que en adelante puedan presentarse por el gobierno, y en especialidad los que se anuncian por el ministro de Gracia y Justicia, estudiarlos y admitir los que estuvieran conformes al espíritu de la Constitucion vigente.

Yo, inocente de mí, como no acabo de entender las altas concepciones y las miras elevadas de los políticos, creia ¡vergüenza me da confesarlo! creia, repito, que sin previo acuerdo, y sin conciliacion ó con conciliacion, con ruptura ó sin ruptura, los diputados debian estudiar todos los proyectos, ya de Gracia y Justicia, ya de Hacienda, ora de Fomento, ora de Gobernacion, admitir unos y rechazar otros, segun estuvieran ó no conformes con el espíritu de la Constitucion.

Yo te suplico ¡oh lector de mi alma! que no te rias de mi candidez. Ya ves, nadie puede responder de que todo lo sabe; ¡yo ignoraba esto; ya lo he aprendido, y yo te aseguro que no se me olvidará! No, ciertamente, que siempre tuve a los unionistas por gente avisada, y entendida, y aguda, y cosa que ellos hagan bien hecha está, y cosa que discurran no estará mal discurrida.

Por eso de hoy más ya sé que en política, solo en el caso de una ruptura con el gobierno podré permitirme el uso de mi particular criterio y el ejercicio de mi conciencia; conciencia y criterio que mientras esté en buenas relaciones con el gobierno me serán perfectamente inútiles.

Tambien se habló en un principio de dimisiones, pero tambien parece que se desistió despues de esta endiablada idea.

No sé por qué me figuraba yo las dimisiones todas en masa arrojadas con cierto despecho sobre una mesa. Antojábaseme ver a un lado de la mesa al ministerio, al otro los unionistas dimisionarios, y soñaba yo que estos y aquellos se miraban con cierto temor respetuoso, con cierta tímida desconfianza;

por último, el ministerio, venciendo su natural timidez, habia principiado a recoger dimisiones aceptándolas, y, por un movimiento instintivo, los unionistas habian empezado simultáneamente a recoger dimisiones retirándolas.

De manera que, los unos aceptando y los otros retirando, en un abrir y cerrar de ojos la mesa quedó limpia y las dimisiones desaparecieron.

¿Es esto una realidad que parece sueño, ó es un sueño que parece realidad?

No puedo decirlo.

Y tú, lector amigo, ¿podrás decirme si en efecto se ha roto la conciliacion?

A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

XLII.
¡Habeis dicho mil veces que los partidos medios no tenian enmienda! ¡Ah inocentes! ¡Pues era floja la que tenia guardada el Sr. Silvela!

Caballeros y ciudadanos: la sesion del sábado fué capaz de ilusionar a la bolera más anciana de los dominios españoles.

Los que habian firmado el proyecto del ministro votaron en contra.

Los que habian presentado una enmienda igual a la del Sr. Silvela, fueron desairados por sus amigos, que despues votaron esta.

Los únicos que conocian en secreto la parte misteriosa del proyecto del Sr. Figuerola, eran los únicos que en público se mostraban escandalizados de aquellos misterios.

El ministro de la Gobernacion de este casi reino apelaba a la oratoria sentimental (¡quién tal creyera!) é invocaba el hambre de los expósitos y la agonía de los moribundos para conmovér a los unionistas; como si por medio de patéticos epilogos morales se hubiese enternecido jamás a los paquidermos.

El general Prim que, como el tendero de Espronceda, profesa el principio de nihil admirari; el general Prim, que decia comprender la oposicion de los federales, la de los carlistas y hasta la del señor Cánovas del Castillo; aquel mismo general Prim que no se habia admirado de nada en Rustchuc, mostraba el más profundo asombro al ver que los unionistas le daban la batalla.

Entonces fué cuando dió la voz de: «¡Radicales, a la defensa!» Y los radicales aplaudieron. «¡El que me ame, que me siga!» añadió; y al evangélico grito, los apóstoles Baldrich y Milans dejaron sus puestos para atravesar el salon y colocarse a su lado, y entonces fué cuando el Sr. Topete dejó el banco azul y salió del salon agitando los brazos como en señal de eterna despedida, y pronunció palabras que la universal gritería no me dejó comprender, y despues de réplicas, regateo de intenciones y un poquito de tibia salsa parlamentaria, comenzó aquella votacion donde se notan como famosos aquellos elocuentes monosílabos:

—García Gomez: sí.

—Saavedra: sí.

—Cantero: no.
—Figueroa: sí.

Todos aquellos de quienes Castelar había dicho el sábado anterior que no hablarían, hablaron al fin. Ocho días se tomaron de plazo: dos letras, dos letras solas salieron de sus labios: una S y una I, que juntas decían: SI.

Aquel sí tenía algo de sibilante, de serpiente, al escaparse de ciertos labios. Era un monosílabo embotellado á máquina durante largo tiempo, que en un período de fermentación rompió el casco opresor, dilatándose espumoso y aromático.

La cuenta de los votos fué escuchada con el atento silencio de un balance comprometido en el seno de la más grave oficina mercantil...

La conciliación se había roto; roto por completo: demócratas y progresistas eran libres, libres como el aire...

¡Mas no echeis las campanas á vuelo, inocentes hijos de la infeliz Iberia; no solteis cohetes; no gastéis un real en colgaduras ni otras muestras de alegrías cívicas!...

¿No oísteis acaso á hora matutina una voz armoniosa que alegrando á las familias dice: «Componer barreños, platos y fuentes?»

Pues la masa, el taladro, las lañas para remediar situaciones políticas no son lo que le falta al gobierno, ni es tan ajeno á las prácticas de esas cosas que podamos suponerle capaz de condenarse á sí mismo á la condición de cacharro.

No: el gobierno sin unionistas es un hueso sin tapa; una jarra sin asa; una sartén sin mango; una percha sin colgador; un forro de gaban sin gaban.

¿La conciliación no es posible, decís? Es posible y algo más: en lugar suyo tendremos reconciliación.

Quizá no esté lejos el día en que el presidente del Consejo, sea quien fuera, después de tronar con los demócratas, tenga que dirigirse á los unionistas, diciéndoles:

«Basta de aplausos ya, bravos pecheros.»

El día que se trate del coronamiento del edificio, aquel será el día de júbilo para todos los que contribuyeron á dar por terminada la revolución de Setiembre, ya que habían combatido siempre los principios por la revolución proclamados.

De aquí para entonces, no nos quejemos de que para España no hay enmienda; que la union liberal vela por nosotros.

Roberto Robert.

CANTÁRIDAS.

X.

Ya no hay nada de lo dicho.

Muy señor mío:
no voy á hablaros del desafío de tres disparos, ni de las veces que ireis á Alhama, ni de los peces de mucha escama. Voy solamente por un capricho á hacer presente que no hay nada de lo dicho.

Ya no me importa ni me da nada que vuestra aorta sea azulada. Ya no me afligen ni me atormentan cuando el origen vuestro me cuentan. Ya no me apuro, ni me encapricho... porque yo os juro que no hay nada de lo dicho.

No hay quien apruebe, ni tiene gracia que yo me cebe con la desgracia, ni que me ria de vuestra suerte con picardía que no divierte;

como torero que mata un bicho... Deciros quiero que no hay nada de lo dicho.

Para guirnalda de vuestros males, os dan la espalda los radicales; y por hablaros, no saltan zanjas, ni son avaros de las naranjas, porque los bonos llevan al nicho todos los tronos... y no hay nada de lo dicho.

Con estas cosas rabian de fijo los Ríos Rosas y Vega Armijo; Ulloa nada, lloa nada, lloa nada, Pepe Posada se desconsuela, y hasta Topete dice: «yo espicho, venga otro flete, que no hay nada de lo dicho.»

Si á vuestra gloria ponen un dique, no es por la historia de don Enrique; es porque el hado cambia la rueda del desgraciado, y porque queda vuestra corona, no en entredicho, sino en la zona de no hay nada de lo dicho.

Igual que Eneas huyen las horas de las ideas conciliadoras; ó somos amos, ó lo que fuimos, ó nos salvamos, ó nos hundimos. Pero aunque aumente por vuestro enredo tanto capricho, tened presente y atadla al dedo que no hay nada de lo dicho.

Dr. Sangredo.

LA CUESTION DE LOS BONOS.

La cuestion de los bonos se puede considerar de dos maneras.

Hay que empezar deduciendo una consecuencia. ¿Esto es muy raro, verdad? Tambien la cuestion es rara.

Hay que deducir las consecuencias antes de sentar las premisas.

Y hay que deducir una consecuencia que se la vamos á pedir prestada á un escritor por quien no hemos manifestado grandes simpatías.

Repitamos aquella frase de Castro y Serrano: «En el mundo no hay más que dos clases de mujeres: las mujeres buenas y las mujeres malas.»

Lo mismo digo de la cuestion de los bonos. No hay más que dos soluciones: negociarlos ó no negociarlos.

Vamos á ver.

¿Por qué se intenta negociar los bonos?

Porque no hay dinero.

Las clases activas y pasivas cobran sus haberes con bastante retraso en las provincias.

Los maestros se mueren de hambre.

El comer no tiene espera.

La situación puede encontrarse un día con que todo el país que cobra es enemigo suyo.

Averiguado que casi todo el país es empleado, desde que los españoles se han decidido por la nómina con preferencia al trabajo, resulta que casi todo el país se va á volver contra el gobierno.

El gobierno necesita dinero.

¿Cómo lo obtendrá?

Acudiendo á una medida extrema. No hay que

vender, no hay de donde sacar prestado. A vender los bonos del Tesoro.

Pero... lo de ménos es hacer esto.

Muy bien; ya está hecha la negociacion.

La Cámara en masa como dos solos hombres, vota la proposicion famosa.

Ya hemos salido del apuro.

Pero aquí se presenta una cuestion más grave todavía, que los que piensan un poco han comprendido en el instante.

—Los bonos representan lo último que le queda por vender al gobierno, ¿no es esto?

—Esto es.

—¿Para cuánto tiempo hay con lo que se va á sacar de los bonos?

—Habrá para ocho ó diez meses.

—¿Es decir que al cabo de esos ocho ó diez meses volveremos á morirnos de hambre?

—Es de presumir.

—Y ¿qué haremos entonces?

A esta pregunta no sabe contestar nadie.

Nadie, absolutamente nadie, puede decir lo que sucederá dentro de un año, porque todos, absolutamente todos, lo sabemos.

Se da el caso de una persona rica, pero aficionada á gastar alegremente su dinero.

Esta persona principia por deslumbrar á todo el mundo con el aparato de su grandeza.

Poco á poco, y á medida que los gastos aumentan y los ingresos disminuyen, el aparato empieza á ser menor, y las gentes, ayer asombradas, son hoy maldicientes y se regocijan al ver la decadencia del poderoso.

Llega un momento en que la fortuna de este se agota.

Apela al crédito, y vive regularmente un año.

La pérdida del crédito es la consecuencia inmediata de la pérdida de la fortuna.

Ya no hay quien le preste dinero al D. Fulano.

Comienza á usarse la ropa. Esto es terrible. No hay nada que perjudique como la ropa usada.

Mi hombre empieza á vender.

Vende la casa. El estómago implacable pide de comer todos los días, y tras la venta de la casa viene la venta del mobiliario.

Y se vende hasta la última cacerola de la cocina. Y desaparece hasta el último clavo de la casa.

¿Qué sucede despues?

Que D. Fulano de Tal, despreciado de las gentes, convertido en ludibrio de propios y extraños, sin casa ni hogar, sin oficio ni beneficio, se muere de frío ó de hambre en medio del arroyo, ó va á acabar en el hospital, recordando con desesperacion sus días de grandeza.

Para los pueblos no hay hospital. Cuando se haya acabado el dinero de los bonos, el general Prim, aleccionado con la amistad de su amigo Topete, se quitará la gorra, la arrojará al mar y dirá como se acostumbra en tales casos:

—¡Sálvese el que pueda!

AMARGURAS DE LA VIDA.

Estoy sano de cuerpo (en buena hora lo diga), solo hace dos años que me estrené como ciudadano, no me falta trabajo, como con regular apetito... ¡y sin embargo, estoy triste!

Siento un inmenso vacío; tengo que luchar con la adversa suerte... ¿por qué? Porque no soy Papa.

A lo ménos Mr. Rigolet, el del drama *Adriana*, solo deseaba ser sódico: este era un deseo racional, realizable; ¡pero el mío! ¡Ser Pontífice!

No desearia serlo por el dinero de San Pedro ni por la infalibilidad, no. En prueba de ello, me daria por contento con ser Papa un cuarto de hora, nada más que un cuarto de hora, aunque no tocase un ochavo de aquel dinero, y aunque, en vez de ser infalible, cometiera más torpezas que un centenar de presbíteros sublevados.

¿Por qué, pues, quisiera yo ser Papa?

Solo para responder á la carta que doña Isabel II me habia dirigido en lugar de dirigírsela á Pio IX.

Al párrafo en que ella me habia dicho:

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»

«...»



—Paisano, ahora ya puede Vd. ayudarme á sacar el carro, que se me ha atascado.
 —¡Camará, no púe zer, estoy muy ocupaol!

«El cielo quiera que el niño herede la piedad religiosa que sintió siempre su madre, ya que no puedo pedirle á Dios que herede mi fortuna,» le pondría yo una contestacion tan bella y sentida, que no solo haria correr sus lágrimas, sino las de Marfori mismo.

Y cuando dice: «el príncipe viaja bajo el título de marqués de Covadonga,» le pediria la ejecutoria de ese título, para honrarla, sellándola con el sello de las armas pontificias.

A aquellas palabras que dicen: Por Cheste, me enteraria de los motivos que á ella y al rey su esposo le han impedido ir á Roma, le contestaria yo con la mayor delicadeza y discrecion:

«Mi embajador en Paris no me ha dicho una palabra de los escándalos ocurridos entre vos y vuestro coronado esposo, quien Dios tiene por siervo con una leve alteracion ortográfica: de modo que cuando Cheste me diga por qué no ha podido venir mi predilecta hija, me cogerá tan de nuevas la noticia, que experimentaré una dulcísima sorpresa.»

Pero donde yo llegaria á grande altura en el género régio-epistolario, seria al referirme á las palabras siguientes:

«...mi corazon atribulado, que tanto ha sufrido, está ansioso de recibir de Vuestra Santidad la bendicion para la hija de la Iglesia y el consuelo para la niña extraviada.»

Por supuesto que no aludiria ni remotamente á Marfori: nada de eso. Se diria que en materia de consuelos podiamos apostar á quien los habia menester mayores, y en cuanto á la eficacia de las bendiciones, le haria comprender su excelencia, revelándole que yo cuando estaba de mal humor no hacia más que echarme á mí mismo un par de bendiciones, y en seguida me ponía más templado que una guitarra.

Respecto á que ella ya no quiere el trono para sí, sino para su hijo, le haria algunas secretas adver-

tencias sobre que eso de los tronos no era cosa de chiquillos sin más lastre que una simple eucaristía, dándole á entender que príncipes muy atiborrados de comunión han caido á los embates revolucionarios, y que su señor tío D. Carlos V y su hijo D. Carlos VI y su nieto D. Carlos VII no habian prevalecido contra los excomulgados.

Esto, dicho de cierta manera culta, y con un poco de latin para facilitar su inteligencia, me habria venido de perilla para que al tener que referirme al párrafo en que Isabel II asegura que la libertad, la igualdad y la fraternidad verdaderas son indispensables para hacer felices á los hombres, le indicase yo la necesidad de simultanear á Jesús con Chassepot, y la utilidad de entreverar algo de infantería, caballería y artillería en su cristiano programa.

Dice Isabel II: «No permita la divina justicia que por culpa de él (del ex-príncipe) se derrame una sola gota de sangre.»

Yo espero que no se derramará ningun líquido por culpa del niño, si él no es atolondrado y está quieto en la mesa y en todas partes; pero si yo fuese Papa, le diria al contestarle que sus deseos eran muy buenos, pero que si la divina Providencia exigia del muchacho que derramase sangre cuando fuese mayor, no se opusiera su madre á los decretos del Altísimo, sobre todo estando como estamos convencidos por la experiencia de que si Dios envia reyes al mundo, siempre es con la precisa condicion de que se dediquen con bastante frecuencia á esos derramamientos, pues no toda la han de derramar los Papas, que tambien son de carne y hueso y necesitan sus temporadas de descanso.

«¡Ojalá (insiste Isabel) no se hubiera derramado tanta sangre por su madre, inocente de ella!»

«Aquí, como demagogo, diria yo pestes y horrores; pero si yo fuera Papa, ¡figúrense Vds. qué diversamente le contestaria!»

¡Tengo un distingio más bonito para esos casos si me toca un dia la china de ser Pontífice! Es un secreto; pero á los redactores de *Gil Blas* bien puedo revelárselo.

Consiste en aquello de que debemos evitar el derramamiento de sangre; pero que con tal de sostener los derechos que del cielo hemos recibido, podemos y aun debemos encargar á otros, que por esto nos han sido regalados como súbditos, que la derramen por cuenta nuestra, á fin de que podamos acostarnos con las manos y la conciencia limpia.

Estas y otras cosas quizás más bellas diria yo si fuera Papa al contestar á Isabel II, y el no poderlo hacer me tiene desasosegado, con una angustia y un quebranto y una aficcion de ánimo inexplicables.

Necesito distraerme de esta idea, encerrarme en la realidad; reconocer que mi ambicion no puede ser satisfecha en esta vida.

¡Quién sabe si tomando otro sesgo mis pensamientos!...

Vamos á probarlo.

¡Mozo! ¡El almuerzo!

Roberto Robert.



El editor Sr. Sanchez Rubio ha empezado á publicar una lindisima coleccion de *Leyendas nacionales*, de Fernandez y Gonzalez.

La primera se titula *La Cruz de Quirós*, y es un elegante volumen que se vende á 8 rs.



Hay quien llama loco al Sumo Pontífice porque quiere ser declarado infalible.

¡Qué irreverencia!
Buena locura está, sí, sí; pues á buen seguro que como el Concilio declare á Pio IX la infalibilidad, ni Dios se la quita.



La otra tarde, cerca de anochecer, fué robado en el Retiro, por tres hombres, un pobre repartidor de periódicos.

Le llevaron la capa y tres ó cuatro pesetas.

¿En el Parque de Madrid?

¡Pues ni en los tiempos del Cid!



Llamamos la atención del director de Comunicaciones sobre los abusos que se cometen en Trujillo. Las cartas cuyos dueños no parecen, no son devueltas á la administracion para ponerlas en lista, sino que el cartero se queda con ellas para cobrar así el cuarto.

En cuanto á los periódicos, si bien el cartero no reclama el cuarto, lo recibe cuando se lo dan, y esto crea necesariamente entre los particulares rivalidades que perjudican.

Es necesario obligarlos á no recibir nada, como se hace con los ordenanzas de telégrafos.



Resulta ahora que Pedro Bonaparte, el asesino de Victor Noir, está furioso, frenético, y se teme que esto dé ocasion á escenas desagradables ante el jurado.

Veán Vds. un frenesí que no me explico.

¿Creará el príncipe asesino que es demasiada humillacion formarle causa?

Ya se ve, estas castas privilegiadas de reyes y de emperadores creen que la sangre de un vil vasallo nada vale, ó cuando más juzgan como el inglés que mató al camarero de una fonda y dijo despues: «Hombre, no hay que alborotar tanto por tan poca cosa; pónganmelo Vds. en la cuenta.»



Los carlistas quieren al Papa infalible. El Papa ha dicho en una carta á doña Isabel que ella tiene el derecho.

¿Se acata ó no lo que dice el Papa?

Aquí no hay escape, amigos carlistas.

Si el Papa tiene razon, vosotros no la teneis.

Y si el Papa no la tiene, entonces la tengo yo en dudar de lo que dice.



Casi todos nuestros obispos en Roma han visitado al Puigmoltejo.

Le han demostrado deseos de tenerlo á su lado.

Es lástima que, llevados por este deseo, no se queden todos en Paris.

No se aflija Vd., señora beata, que no faltarian aquí obispos nuevos.

Esos destinos son muy cueros.



—Y que no tiene miga el librito.
—¿De qué libro habla Vd.?
—De Pio IX, escrito en italiano y traducido al español, como verá Vd. en la seccion de anuncios.

—¿Y tiene miga, eh?

—Le digo á Vd. que ese libro va á abrir los ojos á mucha gente.



No estaba mal ideado. La union liberal queria derrotar á los radicales, empuñar las riendas, dar un puntapié á los derechos individuales, y hacer rey al caballero de la pistola.

Es mucho querer.

No se opondrían á esto más que los progresistas, los demócratas, los republicanos, los moderados y los carlistas.

¡Una friolera!



No quita lo cortés á lo valiente, ni los derechos individuales se oponen á las Exposiciones de Bellas Artes.

La de Barcelona se está disponiendo para el dia 1.º de mayo, y muchos artistas de Madrid van á enviar allá muestras de su buen ingenio.

Lo celebramos en el alma, y quisiéramos que fuese la mejor y marcasse gloriosamente la época del desborbonamiento de España.



El gobernador de Sevilla parece que —sin salirse de su esfera— se prepara á celebrar las funciones de Semana Santa como hace mucho tiempo no se celebran.

No, pues como el gobernador se empeñe en ello...

Hay quien asegura que es muy capaz de hacer una fiesta de dos mil demonios.

El es así.



Hablemos con franqueza, señor duque de Montpensier.

Ya ha visto Vd. que *Gil Blas* le ha hecho justicia en el lance último.

Yo me he portado como caballero (y me está bien el decirlo), no haciendo arma política de una cuestion de honor.

Pero ¿y Vd., señor duque?

¿Ha cumplido Vd. con lo que teniamos derecho á esperar?

No, y se lo voy á probar.

No es la primera vez, señor duque, que un caballero (ó lo que sea) mata á otro en desafío.

Aun no ha olvidado el público un lance ocurrido hace años en Cádiz, otro en la Habana, otro en Valencia, y por último, otro en Madrid con un diputado constituyente.

¿Los recuerda Vd., señor duque?

Sin duda alguna, porque esas cosas no se olvidan del todo.

Pues bien, los afortunados ó desgraciados matores, en esos lances, antes que la justicia pudiera apercibirse de ello, antes que la indignacion social les señalase con el dedo, se han marchado... han emigrado *espontáneamente*...

No, ninguno ha permanecido en la misma poblacion.

Y aquí venia yo á parar, señor duque de Montpensier.

Yo deseo la igualdad, es cierto; deseo que no por ser Vd. lo que es, se le persiga más que á los otros; pero conozco al mismo tiempo que así como los demás ponen de su parte lo que pueden para desagraviar á la sociedad y hacer inútiles las pesquisas judiciales, Vd. vive tranquilo en su casa, gozando de un privilegio que ninguno en el caso de Vd. ha podido gozar hasta ahora.

Esto es lo que tenia que decir á Vd., señor duque. Y me parece que no es poco.

Es la primera vez que en España el hombre que mata á otro en desafío permanece tranquilo en su casa, sin tener siquiera la precaucion de esconderse.

Si esto no es una provocacion á la sociedad y á la justicia, si esto no es una irritante desigualdad, es por lo ménos una monstruosa carencia de pudor.



El género bufo decae, languidece.

—¿Han visto Vds. algo más insípido que *Robinson Crusó*?

—Sí, *La princesa de Trebisonda*.

—¿Y han visto Vds. algo más inocente y más infantil que *La princesa de Trebisonda*?

—Sí, *Robinson Crusó*.

Es necesario confesar, sin embargo, que la música es muy agradable.

¡Qué lástima de música!
Tan linda y tan mal empleada.



El Papa Pio IX, ya lo conocen Vds., aquel que hace pocos meses, en nombre de su evangélica y caritativa mision sobre la tierra, hizo matar á Monti y á Tognetti; pues ese mismo, ese padre de los fieles, ha hecho celebrar los oficios fúnebres de Montalembert durante la sesion del Concilio *expresamente* para que no asistiera á ellos un número considerable de obispos que pensaba asistir.

Cada vez me inspira más cariño y más respeto ese caballero.



La conciliacion se ha roto.

—Que la gocemos por muchos años.



Valiente artículo ha publicado *La República ibérica* con este título: *La democracia y la demagogia*.

Ahí llaman, apreciables correligionarios, ahí llaman.

Ya se va acercando la hora de hablar claro, como ha hecho siempre *Gil Blas*.



Canta Montpensier:

Ayer dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana,
y mañana me dirás
que me han dado calabazas.



Ya se sabe por qué subieron los fondos el otro dia. Se habia dicho que se retiraba Becerra del ministerio.



Dícese que el Regente se retira á su casa de Arjona, decidido á no volver á ocuparse más de la política.

Segunda edicion de Espartero, el general Serrano viene á probarnos que toda regencia redundante en beneficio de las patatas.



Un maestro de escuela que se muere de hambre. Varios ayuntamientos que no tienen un cuarto. Y millares de contribuyentes que reciben á tiros al cobrador de la contribucion.

Tales son las novedades de la semana. Por lo demás, la pedrada que le pegaron al general Prim es cosa de los agentes de la reaccion.

¡Oh! Si yo fuera católico, apostólico, romano, diria parodiando aquellas palabras del Evangelio:

—Aquel de vosotros que esté descontento de la situacion, que le arroje la primera piedra.



Palabras de Nelson la víspera de la batalla de Trafalgar:

«La Inglaterra espera que cada cual hará su deber.»

Palabras de un unionista la víspera de la votacion de los bonos:

«La revolucion espera que cada cual hará su negocio.»



Balada.

Decia ayer un Borbon:

—Rota la conciliacion,

¿quién me podrá coronar?

Y respondia la union:

—¡La metralla de un cañon!

Y el eco hacia... ¡Ja, ja!



Varios *personajes* se han reunido en Paris para aconsejar á Isabel de Borbon que rompa con Marfori.

¡Cuestion de chulos!



La Sociedad cooperativa, que, como dijimos, contaba ya con el auxilio de Tamberlik para la funcion dramática que se propone dar el 25 del corriente, ha merecido tambien el apoyo de otros artistas.

A una leve indicacion de nuestro compañero Roberto Robert, el Sr. D. Manuel Catalina, con una buena voluntad, digna del mejor aprecio, se mostró inmediatamente dispuesto á tomar parte en esa obra verdaderamente meritoria; y la señora doña Matilde Diez, apenas enterada del objeto de la funcion, se brindó no ménos espontáneamente á favorecer á los interesados con el concurso de aquel talento tantas veces admirado y tantas veces empleado en obsequio de los útiles propósitos.

Gil Blas une su voto de gracias al que ya han recibido de los individuos de la cooperativa los distinguidos artistas que los alientan y auxilian tan generosamente.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Opalo*.

CHARADA.

La primera con segunda hace y pronuncia un chicuelo; la primera con la cuarta lo hace siempre cualquier neo.

Hace prima con tercera, segun dicen, el gobierno; y el todo lo verá usted en los sellos de franqueo.

(La solucion en el número próximo.)

MISTERIOS DE LA CORTE DE ROMA.

PIO IX

COMO HOMBRE, COMO REY Y COMO PAPA,

POR

F. Petruccelli de la Gattina.

Version castellana por C. M. de L. Un elegante tomo esmeradamente impreso en buen papel, se vende á 8 rs. en Madrid. A provincias se envia franco y certificado, remitiendo 10 rs. en libranzas ó sellos á la libreria Nueva de J. Gil, calle de Espoz y Mina, 11.

Interesantísimo á los calvos, canos y alopéticos.



Acete de bollotas con sávia de coco ecuatorial. — Unidos estos dos invencibles poderes del reino vegetal, no tienen compeltidor para hacer salir el pelo en calvas recientes ó inveteradas, contener su caída, robustecer el enfermizo, desenredarlo, instrarlo, conservar y dirigir una buena cabellera, limpiar la cabeza de caspa, despejar el cerebro, ocultar y precaver las canas. Esta cosmopolita invencion está recomendada por médicos de ambos sistemas, y por más de 500 periódicos de todos los matices y países. Se sigue exportando con gran éxito para toda Europa, Asia, Africa, América y la Oceania. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco inglés, calle de las Tres Cruces, 1, principal (frente al pasaje de Murga). Exijase mi nombre en el vidrio, capsula, prospecto, y la rúbrica en la etiqueta, por haber falsificadores sin conciencia del secreto de fabricación, pero sí con atributos propios de los célebres niños de Eciya. El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Universo.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.